

EL COLISEO,

REVISTA SEMANAL DE TEATROS, LITERATURA Y MODAS.

A continuacion insertamos el artículo del señor Albuérne, anunciado en nuestro número anterior, al cual nos proponemos hacer algunas observaciones en el próximo.

En cuanto á los teatros, lo mas importante ocurrido en esta semana la encontrarán nuestros lectores en la *Revista Musical* y en la *Cónica de la Capital*.

CUATRO PLUMADAS SOBRE LA ZARZUELA Y SUS CONDICIONES.

A D. Emilio Bravo.

En lo que menos pensaba yo, mi querido amigo, al leer los primeros números del periódico que con tan laudable propósito y útiles resultados acabas de establecer, era en que mis primeros borrzones en sus páginas habian de ser para que tú y yo, tan acordes por lo general en materias de criterio, departiéramos contrarios sobre ellas; pero así sucede, como te lo mostrarán estas letras, que tienen por fin principal algunas observaciones, aclaraciones, ó lo que te plazca mejor, no solo á un artículo que escribiste en tu novísimo semanario de teatros, sino tambien á la crítica de otro escritor que se ha descolgado en pos, diciendo:

Tambien soy de ese.

La conformidad casi absoluta de todos los periódicos y del numeroso público que tantas y tantas noches consecutivas llena el coliseo lirico-español acerca de la nueva composicion del poeta Ayala y del maestro Arrieta, y la galante benevolencia que campea en todos los artículos en que la aplauden desde el misterioso del *Duende flarmónico* hasta el franco y amistoso del ilustrado y entusiasta cronista musical don Eduardo Velaz, no ha impedido, sin embargo, que circulen asertos, no ya adversos, que esto seria lo de menos; pues que en *La Estrella de Madrid* no faltan sombras á pesar de su luz, sino infundados, erróneos é inconvenientes respecto á una obra que por su importancia artística y literaria ha merecido ser consignada con el analisis de todas sus partes en las revistas que la prensa consagra á estos trabajos y que han de servir para formar en la materia nuestros fastos teatrales.

La calificacion de *La Estrella de Madrid*, bajo el punto de vista esencialmente dramático y literario está hecha, llamándola comedia Calderoniana, lo que, prescindiendo de su objeto real y de sus naturales pretensiones y de su significacion genuina, puede dar margen á una gentil disertacion critica para deducir, en último extremo, que tiene las bellezas y los defectos que las de aquel inmortal ingenio, salvos las variantes y accidentes propios de

una obra original y de un autor moderno que ha leído los demas, y que despues de todo ha hecho como suele decirse, de su capa un sayo, y por cierto de gran precio, segun tu mismo, que no has pecado de severo, sino al contrario; mas como una produccion que se titula *zarzuela* y que con tales condiciones se representa y obtiene un éxito extraordinario y alcanza rápida voga y asombrosa popularidad, debe examinarse conforme á las cualidades indeclinables de este género de espectáculos; por eso cuando no se las conoce bien, ó se prescinde lijeramente de ellas, ó no se las fija con la precision necesaria, se corre gran riesgo de no apreciarlas en justicia. Esto ni mas ni menos da á entender tu semanario que, juzgando con excelente criterio y perspicaz penetracion *La Estrella de Madrid*, sienta luego que carece de las conveniencias de zarzuela en estos términos:

«Francamente lo decimos, creemos que se pierde el tiempo destinando para zarzuela una produccion de las condiciones de *La Estrella de Madrid*. El público del Circo ha demostrado ya lo que quiere de una manera muy evidente: ni *La Hechicera*, ni *La Espada de Bernardo*, ni *La Estrella de Madrid*, son las producciones que van á buscar al coliseo de la plazuela del Rey los admiradores de *Jugar con Fuego*, del *Valle de Andorra* y del *Domino Azul*. Aquellas harian muy buen papel representadas como comedias en el teatro del Príncipe ó en el de Lope de Vega; pero en el Circo están fuera de su lugar, y la prueba es que no dan entradas, circunstancia esta última no completamente desatendible, cuando se trata de escribir una zarzuela. No hay que incomodarse con el público, porque este está en su derecho: va á ver zarzuelas, y las que no reunen las condiciones de estas, las halla malas y tiene razon.»

El critico de quien te he hablado al principio y que ha incurrido en el mismo error que *EL COLISEO*, pero mas á ciegas y mas gravemente no se para en barras y esclama:

«El libro es una comedia legítima de capa y espada, discreta, bien concebida, bien escrita, bien desenlazada. Dícese que su autor el señor Ayala no pensó primitivamente en pedir para ella el auxilio de la música, y á fe que no lo necesitaba; porque hay allí graduado interés, bellas situaciones y bellos caracteres, accion bastante y hábilmente conducida. Así, el acto tercero el mas pobre en música, el que menos ha agradado sin duda, es dramáticamente un acto bonito, aparte sus inverosimilitudes. No creemos, sin embargo, disintiendo en esto de opiniones muy respetables, que las imitaciones de nuestro teatro antiguo sean á propósito para la zarzuela, si es que deben intentarse alguna vez, cuestion que, sea dicho de pasada, nosotros resolvemos negativamente. Dificil es aventajar, competir siquiera



ra con los grandes maestros del siglo XVII; y además, la literatura dramática tiene ahora otra misión que la de retratar las costumbres galantes de aquella época, é imitar á sus inmortales poetas. El señor Ayala ha hecho un feliz alarde de su talento y de su estudio de excelentes modelos; pero deténgase ahí él que tiene medios para mas, y que no debe contentarse con tan poco.»

En todas las magistrales afirmaciones que preceden, y sobre todo en las últimas, hay, tú lo conoces perfectamente, mi querido Emilio, muchas exageraciones que desvanecer y muchos errores que destruir, porque ni el público ha demostrado que prefiera otras zarzuelas á *La Estrella de Madrid*, ni esta ha producido, atendida su fecha, menos resultados que las mas afortunadas, ni Ayala pensó nunca en que su zarzuela fuese solo comedia; pues á mi lado y cediendo á mis instancias, la principió para lo que es; ni habiéndola querido hacer comedia la habria escrito con las dotes que hoy tiene y que la han dado situaciones esencialmente musicales; ni por último, el retratar escenas galantes, heroicas y caballerescas, trayéndolas otra vez á la escena con la áurea corona de la música, es opuesto á cualesquiera otros objetos, ó misiones que dice el crítico anónimo, mas elevados, que pueda proponerse el poeta.

Dejando ya aparte esto y concretando la cuestion al punto verdaderamente importante, esto es, á la manera de juzgar la zarzuela, á lo que por esta se entiende y á sus cualidades distintivas; no puede dudarse de que en el estado actual de la ópera española, y cuando en tan poco tiempo se va llegando á fuerza de observacion, de fortuna y de buen deseo al inapreciable resultado de que, progresando á la par el poeta y el compositor, se unan y se realcen, consoliden y engrandezcan la literatura y la música: es necesario que no pase sin correctivo ningun error opuesto á la seguridad de las ventajas ya obtenidas para la poesia y el arte, como lo es el de que el libro *La Estrella de Madrid* no reúne las dotes que constituyen el de una verdadera zarzuela, á un lado, segun ya se advirtió, sus pocos ó muchos defectos literarios.

En los primeros trabajos que dediqué á popularizar y hacer comprender el verdadero valor del brillante espectáculo que se ha enseñoreado de nuestra escena, demostré que «la nueva composicion es una obra de género especial, de condiciones precisas é indecibles, cuyas cualidades características la conservan equidistante de la comedia ó drama y de la ópera, y que requiere siempre el efecto combinado de oportunidad en las demas que preparan, sostienen, desarrollan y desenlazan estas escenas de estructura esencialmente artística.»

Ademas el género de capa y espada y de Corte en nuestra comedia antigua tiene verdaderamente de zarzuela ó de propósito para situacion musical su verdad de conveniencia, lo cual constituye casi identidad artística; ofrece puntos de apoyo para el éxito en sus graciosos y dueñas; crea inspiracion y escenas patéticas con sus galanes y sus padres; y por fin facilita la verosimilitud de los coros con sus falanges de criados servidores y amigos, con sus rondas, serenatas, alguaciles, cortesanos y soldados; y prueba de ello es que de alguna de estas familias descenden el coro de viejas de *La Espada*, el de alguaciles de *D. Simplicio*, el de

la murmuracion de *El Dominó azul*, y hasta el de caballeros de *La Hechicera*, es decir, las piezas mas populares y de las mejor escritas del nuevo repertorio lírico español.

Ahora bien, amigo Emilio, si teniendo por pánta estos principios, que no reusarás, pues mas que míos son hijos de la observacion de las obras mas notables, del espíritu del público, y del ejemplo de los compositores, se juzga *La Estrella de Madrid*, se encontrarán llenas en la generalidad tan difíciles condiciones; y al ver que allí sucedense en escala de progresivo interés una á otra situacion musical, tales como la introduccion, el cuarteto del órgano, el final del primer acto, el del segundo y su principio, la escena del desafío y los dos duos, y que todo esto se consigue con una comedia de capa y espada, en la que caben todas las pretensiones filosófico-sociales que se apetezcan y que reclame la época, preciso es convenir en que no me falta razon para las observaciones con que te ocupo algun espacio de tu bien dirigido periódico, y en que al escribir que «la antigua comedia española, con la que inmortalizaron la escena patria y dieron leyes á la del mundo nuestros ingenios del siglo XVII, podria encontrar un medio seguro de rehabilitacion ante el público de estos tiempos en el poderoso encanto y atractivo irresistible de la música, iniciándose asi, en pro de las artes y las letras, un periodo de progreso por la senda del buen gusto y de la verdadera belleza» se fundaba sólida y fuertemente tu amigo

JOSÉ MARÍA DE ALBUERNE.

Madrid 20 de octubre de 1853.

REVISTA MUSICAL.

TEATRO DEL INSTITUTO.—Primera representacion de *La Dame blanche*. Esta ópera del maestro Boiyeldieu, sin embargo que no es del gusto moderno, goza en Francia de mucha reputacion; su música, por lo general bastante regular, contiene melodias y situaciones de muy buen efecto. Las piezas de mérito mas sobresaliente son: en el primer acto, un tercetino coreado muy regular; un duo de tiple y tenor de voces bien combinadas, en el cual la parte del primero es casi toda de agilidad; una especie de *canon* á tres de instrumentacion muy variada y escrito con gusto; una *stretta* y la tempestad del final de efecto popular: en el segundo, un duetino de tiple y bajo, de mucho sentimiento, y el final que está bien trabajado. En el tercer acto hay tambien un duo de tiples que forma un agradable conjunto. En las demas piezas de esta partitura aunque se encuentran trozos muy monótonos y pesados no deja de haber algunos de mucho trabajo y mérito artístico. La ejecucion fue malísima.

TEATRO DEL CIRCO.—El jueves 27 del anterior tuvimos el gusto de oír á nuestro compatriota el joven violinista Jesus Monasterio, de cuyo mérito quedamos enteramente prendados. La maestría con que supo desempeñar piezas tan difíciles como la de Beriot y Vieuxtemps, que ejecutó en su violin, da á conocer no solamente la mano que ha sabido dirigirla y la perfecta escuela en que se ha educado, sino tambien el genio naciente de un gran artista; pues si en la parte correspondiente á la ejecucion

pudo apreciarse su mucha limpieza tanto en los pasos de terceras, octavas, trinos y arpegios, como en los tremolos, picados y pasajes de dos á tres cuerdas, no estuvo respecto á la de canto menos feliz por la verdad en el modo de espresar los sonidos y conceptos contenidos en ambas piezas, es decir, atendiendo á lo que razonablemente puede esperarse de un jóven de su edad, en la que apenas concibe la razon las verdaderas inspiraciones del genio. Jesus Monasterio es, en fin, un digno discípulo del Conservatorio de Bruselas, en el que ha hecho con fruto sus estudios.

EL ESTRENO DE UN ARTISTA.—Esta hermosa opereta en un acto del maestro Gaztambide que tanto le honra y que no titubeamos en calificar como una de sus mas bellas producciones; en la que desde la primera nota hasta la última, todo es agradable, tanto por los buenos cantos que encierra y brillantez de su instrumentacion, como por el gusto y filosofía con que está escrita; ha sido la primera del teatro de la plazuela del Rey en que ha tomado parte el señor Valencia, tenor de bastante fuerza y que consideramos como un artista mas que mediano, pues á pesar de cierta dureza y desigualdad de voz, dijo su parte con lucimiento y se hizo aplaudir en casi todas las piezas. Nos abstene-mos por ahora de entrar en mas detalles; pero á pesar de que tenemos ya formado nuestro juicio acerca del señor Valencia, remitimos nuestras obser-vaciones para despues de haberle oido en otra zar-zuela, en la que tenga mas parte. La señorita Rami-rez va haciendo todos los dias nuevos progresos. En la parte de esta partitura que ha desempeñado, dijo con propiedad y limpieza los pasos de agilidad, y muy bien y con bastante inteligencia los de gra-cia. Siga la señorita Ramirez, y ocupará muy pron-to un puesto de los mas distinguidos al lado de los primeros cantantes españoles. La señora Samaniego lució mucho en su papel, y el señor Salas como siempre estuvo sumamente feliz. En los coros y orquesta hno muy buena direccion. El público aplaudió mucho, hizo repetir algunas piezas y salió muy satisfecho.

EL DUENDE FILARMÓNICO.

EN UN ALBUM.

No aguardes, Aurora, no,
Flores que flores no tienen,
Ni el mar en aguas amargo
Ni el risco en espinos fértil.

Es verdad que dulces horas
De tan dulces, horas breves,
Tuve, y flores tuve en ellas,
Cómo siempre vivas siempre.

Y sin duda que á encontrarte
Mi corazón impaciente
Entonces pudiera darte,
Pródigo el don que pretendes.

Ornar en rosas tu cuello
Y en azucenas tu frente,
Y entre tus trenzas oscuras
Tejer sangrientos claveles;

Porque de tu tez envidias
Dieran á las rosas muerte,

Y á las azucenas blancas
El ver tu sonrisa alegre;

Y los claveles murieran
De contemplar que no pueden
Igualar con sus matices
Los de tus labios ardientes.

Mas ora, si flores antes
Hallaba pródigo, vierten
Mis ojos lágrimas tristes
Que son de manantial perenne.

Y en torbellino confuso
Se alzan, giran, huyen, vuelven
Los pensamientos osados
Que mal encierra la frente.

Y á abrumarme las historias
De la edad perdida vienen
Y el desengaño tan hondo
Y la esperanza tan ténue.

Y los colosos de orgullo,
Sombra vana y humo leve,
Que dejan penas tan largas
Tras de tan ráudos placeres.

Ay, tarde viniste, tarde
Para que en mi campo estéril
Halles hermosa, las flores,
Las flores que tu pretendes.

Tarde viniste, si acaso
Con tus miradas no quieres
Disipar la nube parda
Que mis ojos trae dolientes:

Si no es que en los tuyos dulces
Guardado, Aurora, me tienes
El remedio que hace tanto
Que niega á mi afán la suerte.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

UNA GLORIA DEL TEATRO.

(Continuación.)

II.

¿Quién hubiera dicho á nuestro caballero que desde el punto y hora que en Madrid entrase se le depararía una de aquellas aventuras á que era tan aficionado? Don Carlos, que así se llamaba de nombre (y con él solamente le designaremos, pues el apellido no hace al caso) venia á la sazón de Italia, donde habia militado largo tiempo con tanta gloria como fortuna. Suspendidas, no terminadas aquellas tenaces guerras, en virtud del tratado de Casal, y posteriormente del de Quierasco, habia resuelto envainar la espada y encaminarse á la corte; y apoyado en el valimiento de su tío, que gozaba de gran cabida con el monarca y el Conde-Duque, echar la mira á alguna buena encomienda, para establecerse despues en los estrados de algun consejo.

A esto se reducian sus pretensiones, que en verdad no pecaban de modestas, bien que fuese mozo despierto y merecedor de cualquiera gracia; pero deslucía las prendas de ingenio, gallardía y valeroso ánimo de que la naturaleza le habia dota-to, con cierta desenvoltura é irreflexion de carácter que perjudicaba mucho á su buen concepto. Su pasión favorita eran los galanteos, y por ella, aun mas que por su temerario esfuerzo, habia dejado

un nombre célebre en toda Italia. Mujer que á él se le antojase bella, de seguro tenia que servir de blanco á sus asechanzas y persecuciones; y como no desistia fácilmente de sus empeños y era largo de manos, diestro y afortunado en lances, de seductora presencia, y enemigo, además, de los que ya en aquel tiempo solian llamarse platónicos amores, no habia marido á quien no asustase, ni hermano que le mirase sin recelo, ni padre de quien no fuese continuo despertador y pesadilla. Él se vanagloriaba de tantos triunfos como empresas, y aunque nosotros no podamos asegurarlo, nos inclinamos á tenerlo por verosímil, atento á que las descendientes de nuestra primera madre no han heredado seguramente de ella la fortaleza.

Con esta ligera pintura de nuestro héroe, y recordando el embaimiento que en él produjo su venturoso encuentro, no será difícil conjeturar que pasó una gran parte del dia caviloso y desasosegado. Empleó la mañana, después de los precisos cumplimientos á su padrino y á los amigos de la casa, en aderezarse con mucho esmero, y en idear artificios, no ya para averiguar quién fuese la devota dama, pues jamás habia él reparado en estos inconvenientes, sino para rendir la altivez de la que tan desdenosa se le habia mostrado. Comió con tanto apetito como impaciencia; y despidiéndose de su tío que dichosamente se hallaba tan preocupado como él con los preparativos de la fiesta, salió al Prado sin mas tardanza y enderezando por la calle del mismo nombre, tardó poco en llegar á la de Cañizares, y en descubrir que la puerta y casa en que fijó al punto los ojos, permanecian cerradas con el mayor misterio.

Tentado estuvo de tocar la aldaba y hacer con sagacidad algunas preguntas á quien sabiera á abrirle, pero desistió de esta idea, prefiriendo rondar la calle y permanecer en observacion. Lance es este, se decia á sí mismo, que si no me engaño, debe juzgarse con gran prudencia; y por si ella es tan recatada como parece, no estará demas un poco de disimulo y comedimiento. Confieso que esta mujer logrará trastornarme el juicio. Siento la voluntad como nunca aprisionada, medroso el valor y la resolucion, hasta aqui invencible, contrapesada por el respeto.—¡Ea! no mas escrúpulos.—El ánimo divertido con nuevos pensamientos ocasiona estas turbaciones.

Bien pasaria dos horas en semejantes soliloquios sin darse por vencido ni desesperado, cuando advirtió que acercándose una silla de manos hacia aquel punto, paraba precisamente en la puerta de sus afanes. De ella salió una dama, llamó y se introdujo en la casa apresuradamente. No mucho despues se abrió de nuevo la puerta y asomó un hombre de buen aspecto que seguido de un mozo cargado con un arca se dirigió por la calle arriba; y apenas la silla de manos se habia alejado en la propia direccion con los que la conducian, vino á ocupar su puesto un coche, del cual se apeó uno, al parecer caballero y jóven. Tocó tambien á la puerta y entrando en la casa con la misma priesa que le abrieron por dentro salió á poco rato, se metió en el coche con dos señoras y desaparecieron como por encanto, dejando á don Carlos atónito y confundido.

Háse de advertir que hallándose éste en el mismo umbral de la puerta cuando con su acompañante salieron las dos damas, pudo percibir claramen-

te en una de ellas el rostro de su hermosa desconocida. Y poco faltó para serlo ahora por completo á causa de las galas y bizarría con que iba ataviada. Esta vez ya no pudo reprimir por mas tiempo su impaciencia, y asiendo de la aldaba iba á descargar en la puerta un tremendo golpe, cuando de una ventana contigua, resguardada por una fuerte reja y una espesa celosía, salió una vocecilla sutil, que le preguntó con resolucion:

—¿Qué tiene que mandar, caballero?

—Por Dios, replicó don Carlos, acercándose á la ventana, quien quiera que seais sacadme de confusiones. Yo os lo agradeceré en el alma; y si de algo habeis menester, pedid cuanto se os antoje.

—¿Mosconcito tenemos? añadió la interlocutora. —Señora tia no necesita de ellos.

—Decidme ¿es la señora de esta casa... (y pintó con todas sus señas á la causa de sus tormentos).

—Mucho que sí, respondió la de la celosía; y ¿quién en Madrid no tiene olvidado eso?

—Niña, es que yo soy forastero.

—¿Forastero es vuesa merced? Por eso sin duda ha equivocado la casa.—Vaya con Dios, señor, que en esta no caben huéspedes.—Y diciendo así, cerró la ventana con tanto brío, que don Carlos se persuadió de que nada averiguaria por aquel medio.

Comenzaba ya á declinar la tarde, y vino á la memoria la fiesta prevenida en casa de su tío, donde tal vez se notaria su ausencia; y por una prevision no menos involuntaria, recordó asimismo que debiendo asistir el rey á aquella solemnidad era ocasion oportuna de besarle la mano, con lo que quizá lograría la de entablar favorablemente sus pretensiones. De esta suerte procuraba engañarse á sí propio, vengándose de su actual humillacion con la esperanza de su futuro engrandecimiento.

Acercábase, en efecto, la hora de comenzar la fiesta, y los jardines del conde de Monterey, situados donde hoy la pobre iglesia de San Fermin, se habian transformado en un verdadero paraíso. Un teatro construido al efecto, cenadores y pabellones riquisimamente adornados para los reyes, grandes tablados para las damas y caballeros de la corte, y otros para los músicos y personas particulares, requerian aun mayor espacio que el que tan anchuroso ámbito contenia; y así fue menester abrir comunicacion á entrambos lados con otros jardines allí contiguos, los del duque de Maqueda, que estaban á la derecha y los de don Luis Mendez de Carrión, que caian al lado opuesto. Los bosques, calles y cuadros profusamente iluminados, las luces que en su variedad de colores y en la disposicion y simetria parecian reproducir en el aire las flores de los verjeles; la esencia de estas, mezclada á las perfumadas aguas que humedecian el suelo; el murmullo de fuentes y cascadas, alternando en apacible competencia con los coros de voces y de instrumentos; y en fin, la muchedumbre de gente de todas clases, que en medio de tal bullicio y animacion guardaban la mayor compostura y orden, todo ofrecia inesplicable deleite á los sentidos y á la imaginacion maravillas inconcebibles. Solo la de don Carlos, retraida de aquel espectáculo ruidoso, devoraba una idea melancólica que por primera vez le infundia desplacer y tedio hacia los gozes para él mas apetecidos de la existencia. Ya los reyes habian llegado, y ni siquiera habia salido á incorporarse á su comitiva.

Apenas don Felipe y sus hermanos entraron en

los jardines, les sirvieron unas banderillas colchadas de ámbar y pomos de cristal con agua perfumada de lo mismo, lienzos olorosos, búcaros y ramilletes. La reina y damas de honor recibieron igual obsequio, solo que en vez de banderillas les fueron presentados abanos ó abanicos de Italia, y algun tiempo despues, costosísimos trajes ó disfraces: que los artificios y prevenciones de la lisonja escedian entonces á todo encarecimiento, y siempre la ostentacion mas pomposa ha sido la de la pobreza.

Dióse principio á la fiesta teatral por una música de guitarras, que era la sinfonía, digámoslo así, de nuestros corrales, y en seguida se representó con admirable habilidad y grande aplauso por la famosa compañía de Manuel Vallejo la comedia que con el título de *Quien mas miente medra mas*, habian improvisado al efecto pocos dias antes Mendoza y don Francisco de Quevedo.

Estraño á todo aquel regocijo que le rodeaba, permanecia don Carlos entregado á sus reflexiones. Terminada la comedia, debia procederse á la representacion de una loa, en que tenia la principal parte Maria Riquelme, la actriz mas famosa de aquellos tiempos, celebrada de todo el mundo por su inimitable maestría en el arte escénico, querida de la corte por su extraordinaria hermosura y gracia, y no menos estimada aun de sus mismos compañeros por su rara modestia, amable virtud y ejemplarísimo recojimiento. Era aquel el acontecimiento mas fausto de toda la noche, pues ni la novedad de las músicas, ni el primor de los bailes compuestos por el hábil Luis de Benavente, ni la opiparacena y esquisitos refrescos que se preparaban, atrajeron á la funcion tanta concurrencia, como el anuncio de la loa representada por la Riquelme.

Un caballero amigo de nuestro don Carlos, que acertó á distinguirle en lo mas retirado de una de las calles extremas del jardin, le salió al encuentro y en careciéndole la novedad del espectáculo y la peregrina belleza y mérito de la comedianta, le asió del brazo, y aunque con alguna resistencia de parte suya, le colocó en uno de los tablados fronteros al escenario. Al fin comenzó la loa, y en medio del general silencio y al dulce son de una música cadenciosa y espresiva, apareció la Riquelme... Cielos! apareció á los ojos de don Carlos con toda la magia de su hermosura, grave, serena, realzada por aquel grandioso aparato y por la riqueza y pompa de las galas que la adornaban, la misma cuya imagen vivia esculpida en su corazon, la misma que transformando su ser en tan breve tiempo, movia aquel tumulto de encontrados afectos en su discurso. El grito de admiracion y sorpresa que dió nuestro caballero, se perdió entre el estrépito de los aplausos tributados á la esposa del buen Vallejo.

(Se continuará.)

CAYETANO ROSELL.

¡MI ESPEJO!

Carisima lectora, no pude el otro dia por carecer de espacio, darte una idea de mi persona, y creo que es de mi obligacion hacerlo para que no sospeches que tengo porque encubrir mi nombre. Nada de eso. Voy en primer lugar á hacer una pequeña digresion. Podrá no interesarte el saber quien soy

yo; pero te diré que las personas que hoy me quieren mas me han aborrecido antes. Desengáñate, se acostumbra uno á todo hasta á lo malo.

Hecha esta digresion, pasemos... á hacer otra, conviniendo ante todo con aquel paleta (y eso que era de Ubeda; pero no se iba por los cerros de su pais, como les sucede á muchos, que si bien no son paisanos se van por allá) que aseguraba

*Que en el siglo diez y nueve,
es mucho mas el ruido
que las nueces.*

Lector, si eres curioso, dias pasados al leer la *Revista de Madrid*, empezarias por mirar la firma. No encuentro yo enteramente absurda esta costumbre, porque á veces el nombre del autor es suficiente garantia para impulsarnos á leer con avidez una obra; pero me revelo contra aquellas personas, que necesitan saber *quien es el autor* para formar su buena ó mala opinion acerca del mérito de una obra; ¡Cuántas veces nos equivocamos por esta preocupacion! ¿Por qué no ha de mantenerse uno en sus trece, como se dice vulgarmente al saber que de su autor no debia esperarse tanto? Tan cierto es esto que muchas obras han parecido sublimes mientras ha creído todo el mundo que un *mamarracho literario* que corria de boca en boca escudado con el nombre de un poeta reputado pertenecia al mismo y en el momento que se ha descubierto su verdadero autor el mas completo anatema ha humillado la frente del verdadero padre. Te diré en fin, que tengo la íntima conviccion de que de diez y seis personas, doce dirian (antes de leerlo) que era sublime este artículo si en vez de llevar al pie la firma de «Ana-Rosa» llevara la de «Figaro» y no es esto decir que carecieran de razon los que tal creyeran. no: porque de la bien merecida reputacion de *Larra* podia y debia esperarse tal resultado, pero si hubiera sucedido que el artículo firmado por Ana-Rosa fuese de Figaro y el de Figaro por Ana-Rosa, la fuerza de la preocupacion haria creer que era mejor el del primero que el del último. ¡Cuánta preocupacion como esta tiene cabida hasta en los hombres de quienes menos se debia creer!

Esto quiere decir que nada importa que tu curiosidad, si la has tenido, se quede sin satisfacer. El nombre no hace al caso. Sin embargo quiero darte una idea de mi persona y lo haré en verso:

Cuento ya, mis diez abriles
E igual número de mayos,
De donde viene á sacarse
Que diez y diez son veinte años.
Soy alto; pero no mucho;
Soy gordo; pero gordazo;
Soy feo; pero... no poco;
Moreno; pero agraciado.

Seguiré satisfaciendo tu curiosidad, si la tienes sino te ruego que hagas lo que yo cuando voy al teatro y veo que una parte del público pide que se repita un canto ó cosa semejante que porque no se hubiera cantado la primera vez daria yo dinero; figúrate si me hará gracia la repeticion. Pero me resigné que mas sufrió por nosotros nuestro señor Jesucristo y menos se lo agradecemos.

¿Me creerás si te digo que nací?

Sentado esto añadiré que fue de cabeza y de noche. De cabeza debí nacer segun lo poco afortuna-

do que soy y sobre todo con las damas. De noche porque sin duda el sol se resistió á ver una criatura de un feo tan subido y legó á su cólega nocturna este triste encargo.

Sin duda se inventó para mí el otro refrán de que «*de noche los gatos son pardos*». Soy gato: mi patria es Madrid.

Fui creciendo y á la edad de 15 años me dediqué á pensar la carrera que debía emprender. Suelo ser algo tardío en mis resoluciones y hoy día en que poseo ó tengo veinte años (descarta ser menos capitalista en años) no me he decidido porque todas las carreras me parecen... peores.

No me gustan mas que las de caballos: y eso porque considero que no son dignas de que yo las siga.

No quiero ser *empleado*, porque temo á las ce-santías. *Cantante* tampoco. ¡Bueno está el Guadarrama! Dígalo la Gazzaniga.

¿Hombre político? ¡*Vade retro!* No quiero ser *ministro* que es algo peor de lo que se cree generalmente.

Quería ser *actor*, pero temo á la crítica.

Periodista político sería en el caso de que este político quisiera decir atento ó urbano; pero ni quiero hablar por boca de ganso, ni censurar sistemáticamente, ni por especulación, ni censurar por censurar que es oficio de un insensato.

Lo único que querría fuera ser rico, y lo conseguiría si compensara la gana que tengo de ello con el poco dinero que me asiste. No vale lo uno por lo otro y para ser rico es de mas necesidad el dinero que la gana.

Mas ya que nada de esto se me logre me decido por escribir (sin creer que soy escritor) y ya ves como te he encajado unos párrafos.

¿Qué tal te parecen mis ideas, mi vida y milagros hasta la fecha? Si me has de contestar muy mal reflérete solo á mis defectos morales. (¡Qué pocos los hay de esta clase!) Pues los inmortales, quiero decir los físicos por mas que los conozca y los deploro no los puedo corregir, y en todo caso no se me culpe de lo que estoy inocente.

Quizá me taches de pesado; pero si así lo haces cállatelo, que otras verdades me aguanto por aquello de que no todas las verdades son para *dichas*. ¡Hay muchas para desdicha de muchos!

De otra cosa me puedes tachar: de hablador; pero eso es achaque del siglo y mal de muchos, consuelo... mio. No creas que esos puntos indican que haya pensado decir *consuelo tuyo*. Ya te dije que eras atento y fino é ilustrado en el mero hecho de ser suscriptor.

De fijo ya sabes quien soy y te vas á cerciorar mas, cuando te diga que creo que tengo ideas las cuales voy á comunicarte para saber si estás de acuerdo con ellas. El hombre padece para viajar. El primer viaje le hace del otro mundo á este, y el segundo lo hace de este mundo al otro. De estos dos viajes por lo que se verá es mejor el primero que el segundo. Al venir, ó sea al nacer, viene chillando, lo cual prueba que siente. Al irse le chillau y no puede contestar, lo cual prueba que es mas débil. Al venir le dan y al marcharse le quitan. No hay mas diferencia sino que viene desnudo á probar fortuna y se va vestido y sin catarla.

Oye... mejor dicho lee (esto es plagio) y sabrás lo que creo.

El hombre al nacer le dan en el otro mundo para

que se componga en este un capital metálico compuesto de tres monedas: oro, plata y cobre. El oro es el *talento*, la plata el *alma*, y el cobre ó los cuartos el *corazon*.

Si has sido niño (y no te estrañe mi observacion, porque hablando yo un día con mis hermanos pequeños, á la sazón que entraba con su cotidiana cuba el traidor del agua ó sea aguador, y diciéndoles.

—Cuando yo era niño como vosotros... lo que le hizo esclamar asombrado:

—Cómu, señor, V. ha sido niñu?...

Pues volviendo á mi asunto te recordaré que á los chicos les gusta gastar los cuartos que le dan en *piñones*, y á los jóvenes los otros cuartos (a) corazon en *piñonear*. Cuando tiene un cuarto el niño pien sacomprarlo todo con él. ¡Con un solo corazon el joven quiere arreglarlo todo!

Llega otra edad en que el niño se hace mayor y lleva napoleoncitos en el bolsillo; pero muy poco oro; ¡edad feliz! Ya se gastaron los cuartos, solo queda plata y oro y con estas monedas se pueden comprar muy buenas cosas.

Gasta el hombre toda la *plata* para comprar *desengaños*, y gracias á que tiene la precaucion de guardar algun oro no se muere de hambre.

En resumen, creo que la edad mas feliz es aquella en que se gasta el cobre, (*corazon*) porque es prueba de que se tiene, y yo que tengo *algunos cuartos ó cobre* me los estoy gastando con una hermosa mujer, mas hermosa y mas rubia que el sol y que merece, no digo yo mi cobre (*moral*) sino todo el cobre materia, que podia tener Creso.

Hasta otro día.

ANA-ROSA

EPISODIO DE LA ÚLTIMA GUERRA CIVIL.

(Conclusion.)

IV,

El día inmediato á un combate presentaba Guipúzcoa un aspecto singular. Todos los caminos que conducian al campo de batalla llenábanse de gentes que venian á saber la suerte que les habia cabido á sus deudos ó amigos; y aquellos grupos de abigarrados colores, descendiendo por los tortuosos senderos de las pintorescas montañas, desapareciendo y tornando á aparecer de nuevo segun los accidentes del terreno, presentaba al paisaje un colorido de animacion mágico y sorprendente.

Muy luego se llenaba el campamento de aquella multitud que dispersa una vez allí, iba y venia preguntando nuevas de sus hermanos, sus hijos y sus prometidos. Porque la gran mayoría de aquella reunion se componia de mujeres, quedando los varones á la guarda del caserío ú ocupados en la labranza.

Todas traian algo que ofrecer á los soldados que tan denodadamente se batian en defensa de su patria; y sentados en la yerba, mientras aquellos devoraban los alimentos que el cariño de sus madres, hermanas ó prometidas les habia proporcionado; escuchaban estas con placer mezclado de asombro las proezas guerreras ejecutadas la vispera. A veces una mujer atravesaba el campamento, descompuesto el semblante, llenos de lágrimas los ojos; y á su paso, descubriábanse los soldados respe-

tando aquel dolor, y las mujeres procuraban consolarla con sus caricias y palabras.

Estaba yo contemplando un alegre grupo compuesto de tres jóvenes solteras que en compañía de su madre habían venido á ver á dos hermanos y á los prometidos de dos de ellas.

Habiáanse abrazado todos con efusion y sentado sobre el tronco de un castaño derribado el día anterior por una bala de cañon. Los soldados contaban los peligros que habian corrido durante el combate; y cuando en su relato se mezclaba algun hecho de valor, la anciana abrazaba al narrador y las jóvenes se dirigian unas á otras miradas de noble orgullo. Cuando referian la muerte de alguno de sus amigos, el semblante de las mujeres se oscurecia, fijaban una mirada rencorosa en la linea enemiga, luego bajaban la cabeza, los soldados se quitaban sus boinas, y contestaban á las oraciones que la anciana elevaba á Dios por el descanso de las almas de los muertos.

De repente oí la voz de mi sargento que me andaba buscando: venia en compañía de una joven de caserío, hermosa como la diosa de los amores. Jamás olvidaré aquel noble semblante: dos largas trenzas de pelo castaño pendian de su cabeza por todo lo largo de la espalda hasta media pierna: unos hermosísimos ojos negros daban un divino realce á su fisonomía de un tipo semejante al de las madonas de Rafael, su boca pequeña y colorada como una cereza, resaltaba sobre su cutis blanco como el ampo de la nieve, aunque algun tanto sonrosado por el cansancio del camino. Su cuerpo era esbelto como el de una estatua griega; su continente magistoso como el de una matrona romana. Era, en fin, la mujer mas hermosa que habian visto mis ojos. Acerquéme á ella y pregunté al sargento lo que se la ofrecia.

—Es la hermana de aquel voluntario que ingresó ayer en la compañía, me contestó.

—Y deseo verlo, añadió la joven con un metal de voz argentino.

—Yo no sé por dónde anda, repuso el sargento; y me he dirigido á V. por si lo ha empleado en comision del servicio.

Quedéme mirando de hito en hito á mi interlocutor, y mi semblante hubo de experimentar algun cambio, porque la joven se estremeció.

—Si acaso está herido, dijo leatamente, no me lo oculte V. Estoy acostumbrada á la desgracia.

—Hija mia, la contesté: creo haberlo visto esta mañana, y de entonces acá no creo le haya sucedido nada.

No mentia.

—¡Ah! no me engañe V., exclamó con voz tan conmovida, que penetró hasta el fondo de mi corazón. Hemos recorrido todo el campamento sin encontrarlo: la palidez de su rostro me indica una desgracia: no me engañe V., por Dios. Quiero verlo muerto ó vivo.

Habia una resolucion tal en sus últimas palabras, que estuvo en poco el descubrirla la verdad; pero era superior á mis fuerzas herir aquel corazón de diez y ocho años con un golpe tan terrible.

—¿Le quieres mucho á tu hermano? la pregunté procurando ganar tiempo.

—Le quiero tanto como á mi madre, me contestó poniendo la mano sobre el corazón, y á mi madre la quiero poco menos que á Dios.

—Lo celebro, hija mia: siéntate, descansa un poco, y luego procuraremos saber de él.

De este modo procuraba yo encontrar algun medio para salir de aquel doloroso trance, ó prepararla al menos á recibir tan terrible noticia; pero no contaba con la resolucion de mi interlocutora.

—Sé positivamente, me dijo con dolorido acento, pero sin derramar una lágrima, que mi hermano mayor ha muerto: he oido decir que la batalla ha sido sangrienta; desde nuestro caserío percibiamos el estruendo de la fusilería y el estampido del cañon.

—En efecto, la accion ha sido sangrienta, contesté sin saber lo que decia.

—Mi hermano menor, prosiguió, pertenecia á la compañía de V.: me han informado que es la que mas pérdidas ha sufrido...

—Tambien es verdad.

—Veo que no me han engañado, y han hecho bien, no es accion generosa engañar á una hermana que pide nuevas de su hermano.

—¡Hija mia! exclamé sin poderme contener.

—¡Oh! dijo levantando los ojos al cielo: mi hermano menor, mi pobre Manuel ha muerto; me lo dice el corazón. Y luego alzando la voz y mirándome de una manera que nunca olvidaré, gritó: capitán, quiero ver á mi hermano.

—Triste espectáculo vas á presenciar, la dije al fin viendo que era imposible ocultarla por mas tiempo la verdad; triste, muy triste, hija mia; mas si lo quieres así, yo te acompañaré hasta el sitio donde se encuentra.

—Gracias, señor, marchemos.

Di orden al sargento para que nos siguiese, y me dirigí al argomal abrasado.

Una pequena prominencia del terreno nos ocultaba el cadáver. Volví á insistir para que no pasase adelante; por toda respuesta subió la eminencia, apresuró el paso y quedose inmóvil y con la mirada fija ante los cuerpos de los dos soldados abrazados.

A poco rato se arrodilló sin derramar una lágrima, sin lanzar un ¡ay! Hizo una corta oración, levantó hasta su regazo la lívida cabeza del que parecia de mas edad, besólo en los labios y tornó á dejarlo sin proferir una palabra: luego tomó la cabeza del otro, contemplólo con mas atencion é imprimió en sus labios y mejillas besos mas apasionados y repetidos. El sargento y yo con la cabeza descubierta, oprimido el corazón, pareciamos dos estatuas segun nos tenia de inmóviles el espectáculo que teniamos á la vista.

Por fin, aquella joven singular levantó los ojos hácia mí, y con voz firme y sonora me preguntó:

—¿Han cumplido con su deber?

El corazón se me hacia pedazos, los sollozos me sofocaban, y aun hoy, despues de tantos años, derramo lágrimas al recuerdo de aquella escena. Los ojos del sargento estaban humedecidos.

—¿Han cumplido con su deber? tornó á preguntar, viendo que yo no contestaba.

—Hija mia, ha muerto como un valiente.

—¿Y el otro?

—Pues qué ¿te interesas tambien por el que está en el suelo?

—¿Y el otro? volvió á preguntarme.

—Mira su herida, la dije: la bala le entró por la frente, dando cara al enemigo. Pero dime.

—Basta, dijo dando el último beso y colocando cuidadosamente el cadáver del mas jóven en una postura mas cómoda. Gracias, capitán: se querian en vida, y han muerto abrazados como buenos hermanos: el otro es mi hermano mayor.

—Misericordial exclamé sin poderme contener.

La jóven había vuelto la espalda y comenzado á trepar la montaña con paso seguro. Aquel mudo dolor me aterraba.

—Respetemos su duelo, dije al sargento, pero no nos separemos de ella.

Sentóse sobre una piedra y yo me acerqué con las lágrimas en los ojos.

—¡Oh capitán! exclamó al verme: es V. sensible, llora por mis hermanos.... A mi madre y á mí, únicos restos vivientes de una familia numerosa y feliz, nos servirá de consuelo saber que han muerto como valientes, como leales y buenos vascongados en defensa de su país: reciba V. mi reconocimiento y el de mi pobre madre por la parte que toma en nuestro dolor.

Calló un momento, elevó de repente al cielo su límpida mirada, y con acento que me desgarró el alma, exclamó:

—¡Dios mio, Dios mio!... Los dos!

Un torrente de lágrimas brotó de sus ojos, y hondos gemidos lanzó su angustiado pecho. Prodigámosla cuantos socorros tuvimos á mano, serenóse luego, tendióme la mano que yo besé con religioso respeto y acompañada de mi asistente, marchó para no volverla mas á ver.

Su cuerpo era hermoso: su alma mas hermosa aun; una alma de heroína.

JOSE MARIA GOIZUBTA.

CRONICA DE LA CAPITAL.

PRINCIPE. Terminadas las representaciones de *Las Prohibiciones*, se ha puesto en escena en este teatro la linda comedia titulada *La Rosa y el Pensamiento*, ya conocida del público, y en la cual la señora Lamadrid obtiene merecidísimos aplausos. El viernes último ha vuelto á ejecutarse el célebre drama *Adriana*, ante una numerosa concurrencia que colmó de aplausos á los artistas que lo desempeñaban. En la presente semana se dará la comedia de don Francisco de Rojas refundida por don Eduardo Asquerino, y que lleva por título *Entre bobos anda el juego*: la direccion de esta escelente

obra de nuestro teatro antiguo está á cargo del inteligente actor señor Calvo. Despues de esta veremos una nueva produccion en cinco actos, que está en estudio y se titula *Historia del día*, debida á la pluma de un novel escritor dramático.

CIRCO.—En este teatro se están concluyendo de pintar las decoraciones que han de estrenarse en *La Cisterna encantada*, cuyos ensayos principados ya á poco de estrenarse *La Estrella*, adelantan lo que permite una obra que requiere tanto cuidado y esmero en la ejecucion. Felicitamos por ello á la sociedad lírico-española, y deseamos que en todos los trabajos nuevos se despliegue igual celo.

El maestro Barbieri escribe sin descanso una zarzuela arreglada por don Luis Olona, y que tambien es de gran espectáculo, como *La Cisterna*.

El distinguido poeta don A. Garcia Gutierrez leerá dentro de pocos dias en el Circo su nueva zarzuela en tres actos y en verso *La Caceria real*, que como saben nuestros lectores, pone en música el aplaudido maestro Arrieta.

Despues de *La Cisterna* se pondrá en escena por la compañía del Circo la nueva obra del maestro Barbieri y *La Caceria real* para beneficio del primer actor cantante don Francisco Salas. A estas novedades seguirán *D. Agustin Moreto*, del señor Azcona y del maestro Oudrid; otra zarzuela en tres actos del señor Breton y del maestro Hernando; otra del señor Ayala y del maestro Inzenga; y si hay tiempo, una zarzuela del señor Garcia Gutierrez y Gastambide; otra del maestro Arrieta, y *Los Diamantes de la Corona*, arreglo del señor Campardon, música del señor Barbieri.

VARIEDADES.—La comedia de los señores Larra y Larrea, titulada *Las Tres noblezas*, con que se ha abierto este teatro, ha sido bien recibida del público.

ARREGLO.—Un escritor conocido arregla para drama el libro de ópera cómica de Scribe *Marco Spada*.

Este periódico se publica cuatro veces al mes, en los dias 1, 8, 16 y 24, en un pliego en fólío á ocho páginas, con buenos tipos y elegante impresion, habiéndose combinado el que esta sea clara y el que contenga al mismo tiempo mucha lectura.

El precio en Madrid, llevado á casa de los señores suscritores, es el de 4 rs. al mes. Igual precio costará á los suscritores de provincias.

La suscripcion se halla abierta en Madrid, en las librerías de CUESTA, calle Mayor; MONIER, calle de la Victoria, esquina á la carrera de San Gerónimo; de BAILLY-BAILLIERE, calle del Príncipe, y en la imprenta de MINUESA, calle de la Cabeza, núm. 40.

La suscripcion de provincias se hará enviando al administrador D. Manuel Maria Bravo, calle de Jesus del Valle, núm. 3. cuarto segundo, una carta franca de porte, con seis sellos de franqueo de á seis cuartos, valor de la suscripcion por un mes; es el sistema que hemos adoptado por ser el mas cómodo y sencillo para el suscriptor. No es obligatoria la suscripcion por mas tiempo de un mes, aunque se admite al que quiera hacerlo por dos ó un trimestre.

La correspondencia se dirigirá, franca de porte, á la redaccion, calle de Jesus del Valle, núm. 3, cuarto segundo.

MADRID: 1855.—Imprenta de MANUEL MINUESA, calle de la Cabeza, núm. 40.